



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 8 de junio de 1988

La misión de Cristo.

Jesús, "el testigo fiel" (Ap 1, 5)

1. Leemos en la Constitución *Lumen gentium* del Concilio Vaticano II respecto a la misión terrena de Jesucristo: "Vino, por tanto, el Hijo enviado por el Padre, quien nos eligió en El antes de la creación del mundo y nos predestinó a ser hijos adoptivos, porque se complació en restaurar en El todas las cosas (cf. Ef 1, 4-5 y 10). Así, pues, Cristo, en cumplimiento de la voluntad del Padre inauguró en la tierra el reino de los cielos, nos reveló su misterio y con su obediencia realizó la redención" (*Lumen gentium*, 3).

Este texto nos permite considerar de modo sintético todo lo que hemos hablado en las últimas catequesis. En ellas, hemos tratado de poner de relieve *los aspectos esenciales de la misión mesiánica de Cristo*. Ahora el texto conciliar nos propone de nuevo la verdad sobre la estrecha y *profunda conexión* que existe entre *esta misión y el mismo Enviado*: Cristo que, en su cumplimiento, manifiesta sus disposiciones y dotes personales. Se pueden subrayar ciertamente en toda la conducta de Jesús algunas *características fundamentales*, que tienen también expresión en su predicación y sirven para dar una plena credibilidad a su misión mesiánica.

2. Jesús en su predicación y en su conducta muestra ante todo su *profunda unión con el Padre* en el pensamiento y en las palabras. Lo que quiere transmitir a sus oyentes (y a toda la humanidad) proviene del Padre, que lo ha "enviado al mundo" (Jn 10, 36). "Porque yo *no he hablado por mi cuenta*, sino que *el Padre* que me ha enviado, *me ha mandado lo que tengo que decir y hablar*, y yo sé que su mandato es vida eterna. Por eso, lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho a mí" (Jn 12, 49-50). "Lo que el Padre me ha enseñado eso es lo que hablo" (Jn 8, 28). Así

leemos en el Evangelio de Juan. Pero también en los Sinópticos se transmite una expresión análoga pronunciada por Jesús: "Todo me ha sido entregado por mi Padre" (*Mt* 11, 27). Y con este "todo" Jesús se refiere expresamente al contenido de la Revelación traída por El a los hombres (cf. *Mt* 11, 25-27; análogamente *Lc* 10, 21-22). En estas palabras de Jesús encontramos la manifestación del Espíritu con el cual realiza su predicación. *Él es y permanece como "el testigo fiel"* (*Ap* 1, 5). En este testimonio se incluye y resalta esa especial "obediencia" del Hijo al Padre que en el momento culminante se demostrará como "obediencia hasta la muerte" (cf. *Flp* 2, 8).

3. En la predicación, Jesús demuestra que su *fidelidad* absoluta al Padre, como fuente primera y última de "todo" lo que debe revelarse, es *el fundamento esencial de su veracidad y credibilidad*. "Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado", dice Jesús, y añade: "El que habla por su cuenta busca su propia gloria, pero *el que busca la gloria del que le ha enviado* ése es veraz y no hay impostura en él" (*Jn* 7, 16. 18).

En la boca del Hijo de Dios pueden sorprender estas palabras. Las pronuncia el que es "de la misma naturaleza que el Padre". Pero no podemos olvidar que El habla también *como hombre*. Tiene que lograr que sus oyentes no tengan duda alguna sobre un punto fundamental, esto es: *que la verdad que El transmite es divina* y procede de Dios. Tiene que lograr que los hombres, al escucharle, encuentren en su palabra el acceso a la misma fuente divina de la verdad revelada. *Que no se detengan en quien la enseña* sino que se dejen fascinar por la "originalidad" y por el "carácter extraordinario" de lo que en esta doctrina procede del mismo Maestro. El Maestro "no busca su propia gloria". Busca sólo y exclusivamente "la gloria del que le ha enviado". No habla "en nombre propio", sino en nombre del Padre.

También es éste un aspecto del "despojo" (*kénosis*), que según San Pablo (cf. *Flp* 2, 7), alcanzará su culminación en el misterio de la cruz.

4. Cristo es el "testigo fiel". Esta *fidelidad* —en la búsqueda exclusiva de la gloria del Padre, no de la propia— *brotó del amor* que pretende probar: "Ha de saber el mundo que amo al Padre" (*Jn* 14, 31). Pero su revelación del amor al Padre incluye también su *amor a los hombres*. Él "pasa haciendo el bien" (cf. *Act* 10, 38). Toda su misión terrena está colmada de actos de amor hacia los hombres, especialmente hacia los más pequeños y necesitados. "Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados y yo os daré descanso" (*Mt* 11, 28). "Venid": es una invitación que supera el círculo de los coetáneos que Jesús podía encontrar en los días de su vida y de su sufrimiento sobre la tierra; es una llamada para los pobres de todos los tiempos, siempre actual, también hoy, siempre volviendo a brotar en los labios y en el corazón de la Iglesia.

5. Paralela a esta exhortación hay otra: "*Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón* y hallaréis descanso para vuestras almas" (*Mt* 11, 29). La mansedumbre y humildad de Jesús llegan a ser atractivas para quien es llamado a acceder a su escuela: "Aprended de mí". Jesús es

"el testigo fiel" del amor que Dios nutre para con el hombre. En su testimonio están asociados la verdad divina y el amor divino. Por eso entre la palabra y la acción, entre *lo que Él hace y lo que Él enseña hay una profunda cohesión*, se diría que casi una homogeneidad. Jesús no sólo enseña el amor como el mandamiento supremo, sino que *Él mismo lo cumple del modo más perfecto*. No sólo proclama las bienaventuranzas en el sermón de la montaña, sino que ofrece en Sí mismo la encarnación de este sermón durante toda su vida. No sólo plantea la exigencia de amar a los enemigos, sino que Él mismo la cumple, sobre todo en el momento de la crucifixión: "Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen" (Lc 23, 34).

6. Pero esta "mansedumbre y humildad de corazón" en modo alguno significa debilidad. Al contrario, *Jesús es exigente*. Su Evangelio es exigente. ¿No ha sido Él quien ha advertido: "El que no toma su cruz y me sigue detrás no es digno de mí?". Y poco después: "El que encuentre su vida la perderá y el que pierda su vida por mí la encontrará" (Mt 10, 38-39). Es una especie de radicalismo no sólo en el lenguaje evangélico, sino en las exigencias reales del seguimiento de Cristo, de las que no duda en reafirmar con frecuencia toda su amplitud: "No penséis que he venido a traer paz a la tierra. No he venido a traer paz, sino espada" (Mt 10, 34). Es un modo fuerte de decir que el Evangelio es también una fuente de "inquietud" para el hombre. Jesús quiere hacernos comprender que el Evangelio es exigente y que exigir quiere decir también agitar las conciencias, no permitir que se recuesten en una falsa "paz", en la cual se hacen cada vez más insensibles y obtusas, en la medida en que en ellas se vacían de valor las realidades espirituales, perdiendo toda resonancia. Jesús dirá ante Pilato: "Para esto he venido al mundo: *para dar testimonio de la verdad*" (Jn 18, 37). Estas palabras conciernen también a la luz que El proyecta sobre el campo entero de las acciones humanas, borrando la oscuridad de los pensamientos y especialmente de las conciencias para hacer triunfar la verdad en todo hombre. Se trata, pues, de ponerse del lado de la verdad. "Todo el que es de la verdad escucha mi voz" dirá Jesús (Jn 18, 37). Por ello, Jesús es exigente. No duro o inexorablemente severo: pero fuerte y sin equívocos cuando llama a alguien a vivir en la verdad.

7. De este modo las exigencias del Evangelio de Cristo *penetran en el campo de la ley y de la moral*. Aquel que es el "testigo fiel" (Ap 1, 5) de la verdad divina, de la verdad del Padre, dice desde el comienzo del sermón de la montaña: "Por tanto, el que traspase uno de estos mandamientos más pequeños y así lo enseñe a los hombres, será el más pequeño en el reino de los cielos" (Mt 5, 19). Al exhortar a la conversión, no duda en reprobar a las mismas ciudades donde la gente rechaza creerle: "¡Ay de ti, Corozain! ¡Ay de ti, Betsaida!" (Lc 10, 13). Mientras amonesta a todos y cada uno: "*...si no os convertís, todos pereceréis*" (Lc 13, 3).

8. Así, el Evangelio de la mansedumbre y de la humildad va al mismo paso que el Evangelio de las exigencias morales y hasta de las severas amenazas a quienes no quieren convertirse. *No hay contradicción* entre el uno y el otro. Jesús vive de la verdad que anuncia y del amor que revela y es éste un amor exigente como la verdad de la que deriva. Por lo demás, el amor ha planteado *las mayores exigencias a Jesús mismo* en la hora de Getsemaní, en la hora del

Calvario, en la hora de la cruz. Jesús ha aceptado y secundado estas exigencias hasta el fondo, porque, como nos advierte el Evangelista, Él "amó hasta el extremo" (*Jn 13, 1*). Se trata de un amor fiel, por lo cual, el día antes de su muerte, podía decir al Padre: "Las palabras que tú me diste se las he dado a ellos" (*Jn 17, 8*).

9. Como "testigo fiel" Jesús ha cumplido *la misión* recibida del Padre en la profundidad *del misterio trinitario*. Era una misión eterna, incluida en el pensamiento del Padre que lo engendrab y predestinaba a cumplirla "en la plenitud de los tiempos" para la salvación del hombre —de todo hombre— y para el bien perfecto de toda la creación. Jesús tenía conciencia de esta misión suya en el centro del plan creador y redentor del Padre; y, por ello, con todo el realismo de la verdad y del amor traídos al mundo, podía decir: "Cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí" (*Jn 12, 32*).

Saludos

Amadísimos hermanos y hermanas:

Deseo ahora dirigir mi más cordial saludo a todos los peregrinos y visitantes de lengua española.

En particular, saludo al grupo de Hermanos de las Escuelas Cristianas, que están haciendo en Roma un curso de renovación espiritual. Asimismo, a los estudiantes del Concurso "Mi tierra", de Ávila, a la peregrinación de la diócesis de Badajoz y a la Asociación de Viudas de la diócesis de Jaén.

A todas las personas, familias y grupos provenientes de los diversos países de América Latina y de España, imparto con afecto la bendición apostólica.
